



V

DRUZÁRONSE cartas muy duras entre las dos Reinas, Isabel y María, con motivo de la muerte del Duque de Norfolk. Tuvo aquélla la cínica osadía de escribir á la Reina de Escocia echándole en cara su ingratitud hacia ella, *que la había libertado de la persecución de sus súbditos y de una muerte ignominiosa*, y dejándola entrever la posibilidad de encontrarla muy cercana. Contestóla María con valerosa arrogancia, negando haber recibido de ella otra cosa que agravios y daños, enumerando la larga lista de unos y otros desde el momento de su llegada á Escocia, y despreciando altivamente sus rencores y amenazas. «Dios, le decía, que me ha dado hasta ahora paciencia para

sobrellevar la desgracia, me dará, si es necesario, valor para arrostrar la muerte».

¡La muerte!... La muerte de María Estuardo era justamente la idea que batallaba sin cesar en la mente de Isabel y que á cada momento acogía ó desechaba, según que dominaba en ella lo fuerte de su rencor ó lo cobarde de su hipocresía. Resolvió, pues, acechar en emboscada la ocasión de deshacerse de María sin ignominia ni daño, y varió de táctica con ella. Dulcificó por de pronto el rigor de su cautiverio, sin descuidar por eso la vigilancia, y mientras parecía unas veces olvidarse de la existencia de la prisionera, entablaba otras con ella falsos tratos y arreglos encaminados á mantener en su ánimo la esperanza de libertad, é impedirle de este modo buscar aquella esperanza fuera de Inglaterra.

No tardó en presentarse la ocasión que su paciente odio acechaba. Por Agosto de 1572 ocurrió en París una catástrofe horrenda, con harta razón condenada y comentada por la historia; tragedia sangrienta en efecto, que por el enlace que tiene con nuestra historia referiremos, siguiendo paso á paso dos curiosos documentos que de ella tratan. Una carta remitida por el gran Duque de Alba al Conde de Boussu, gobernador de Holanda, encontrada en los ar-

chivos de Mons, y la «Relación del Duque de Anjón», después Enrique III, inserta en la colección Petitot.

El 22 de Agosto de 1572 el Almirante de Francia Gaspar de Coligny, jefe de los hugonotes, salió del Louvre á la hora de comer, y dirigióse á su casa por la calle de Bethisy. Iba el Almirante pausadamente leyendo una carta, y al pasar por la casa del canónigo Villemur, antiguo contador del Duque de Guisa, disparáronle un tiro de arcabuz con cuatro balas. Arrancóle una el pulgar de la mano derecha y atravesóle otra la palma de la izquierda, rompiéndole todos los huesos y viniéndole á salir dos dedos sobre el codo. La puerta principal de la casa estaba defendida por dentro con fuerte barricada, y preparado en otra falsa un buen caballo español para que el asesino huyese. Imitación todo ello de lo que había sucedido en Linlithgow cuando el asesinato de Murray.

Llevaron al Almirante á su casa bramando de ira y creyéndose en la agonía, por temor de que las balas estuviesen emponzoñadas. Hubo allí entonces gran junta de hugonotes, y resolvieron éstos levantar en el barrio de Saint-Germain 4.000 hombres para caer de improviso sobre el Louvre y matar á la Reina madre, al Rey y á sus hermanos Anjón y Alençon, pues

á todos juntos designaba el Almirante como autores de su daño. Engañábase, sin embargo, Coligny en lo tocante á Carlos IX, pues según confesión del propio Duque de Anjón, él solo y Catalina de Médicis maquinaron la muerte del Almirante, por creer que les arrebatara éste el ascendiente que tenían ellos en el ánimo del Rey. Sintió Carlos el suceso de Coligny, porque fiaba en él harto más de lo que merecía hereje tan peligroso, y envióle á visitar con su cuñado el Rey de Navarra, Enrique de Borbón, que fué luego Enrique IV, y era también hereje hugonote. Habíase casado éste cuatro días antes con Margarita de Valois, la famosa Margot, como la llamaban su hermano el Rey Carlos y todos los Príncipes de su familia.

Recibió el Almirante al Rey de Navarra con grandes lamentaciones, y díjole estas textuales palabras que cita el Duque de Alba: «Ya sabéis, Monseñor, cuánto he servido á Monseñor vuestro padre y al difunto Monseñor vuestro tío el Príncipe de Condé, y cuánto deseo perseverar con respecto á vos en la misma buena voluntad; pero estando ahora herido de muerte (pues las balas estaban envenenadas), he determinado hacer mi testamento antes de morir y dejaros en herencia el reino de Francia».

Y entonces descubrió al Rey de Navarra el

plan que había formado con sus hugonotes de levantarse en el barrio de Saint-Germain, matar al Rey, á la Reina y á los Príncipes y proclamarle á él Rey de Francia y de Navarra; cosa, en verdad, fácil en aquellos momentos en que la política de la Reina madre y sus rencillas con los Guisa, habían dejado tomar al partido hugonote en Francia terrible incremento.

Volvió el Rey de Navarra al Louvre muy triste y preocupado, porque no bastaba á compensar en su ánimo todavía generoso y abierto al remordimiento, la esperanza de una corona, á los desastres que presagiaba. Notóle al punto su preocupación la Reina Margot, su esposa, y con artificios de mujer y caricias de recién casada, arrancóle bien pronto todo lo que el Almirante le había dicho. Asustada Margot, apresuróse á dar cuenta del peligro á su madre y al Duque de Anjón, y éstos corrieron á prevenir al Rey Carlos, proponiendo como único medio de salvación la muerte de Coligny y el exterminio de los hugonotes. Apretado Carlos por su madre y por su hermano, consintió al fin en que se tendiera á éstos el mismo lazo que ellos preparaban; pero exigió en cambio que la vida de Coligny fuese respetada. Mas justamente era esta vida la que más querían Catalina y Anjón, y de tal manera oprimieron entonces al

Rey y tales peligros y temores pusieron ante sus ojos, que exasperado al fin Carlos, dice Anjón en su relación, «se levantó furiosamente y juró por la muerte de Dios que si querían ellos la vida del Almirante, se la quitasen en buen hora, pero que no dejasen tampoco vivo un solo hugonote que pudiera reclamar más tarde sobre aquella muerte».

Dicho esto, salióse con gran violencia del gabinete, dejando solos á su madre y á su hermano. Pusieron éstos al punto manos á la obra, y sin moverse de allí en todo el resto del día, la tarde y buena parte de la noche, ocupáronse en combinar con el Duque de Guisa y sus satélites la bárbara empresa. Convínose en que al toque de maitines dado en la iglesia de Saint-Germain l'Auxerrois, comenzaría la matanza por el Almirante Coligny, del cual se encargaba el mismo Duque de Guisa. Distribuyéronse los puestos, nombráronse los jefes, diéronse con grande urgencia y sigilo las complicadas órdenes y convínose en que los católicos llevarían para distinguirse en la confusión, un pañuelo blanco atado al brazo y una cruz blanca en el sombrero. Á las doce retiráronse á descansar un par de horas la Reina y Anjón, y muy antes de amanecer ya caminaban sigilosamente con el Rey Carlos hacia el gran portal de la fachada

del Louvre, junto al juego de pelota, donde en una cámara que daba al patio de entrada querían esperar el comienzo de la empresa.

No había amanecido aún ni dádose tampoco la señal, y los tres grandes culpables esperaron largo tiempo en la oscuridad llenos de zozobra. De repente rompió aquel silencio pavoroso un tiro de pistola que no se supo nunca de dónde venía ni á quién iba dirigido, «y de tal manera se apoderó el terror de nosotros, dice el Duque de Anjón, y tan claro vimos los desórdenes que iban á cometerse y las consecuencias de aquella empresa, que á decir verdad, habíamos meditado muy poco, que sin perder un instante y con la mayor urgencia enviamos un gentil-hombre al Duque de Guisa, para decirle y mandarle expresamente de nuestra parte que se retirase á su casa y se guardase bien de acometer nada contra el Almirante, creyendo nosotros que bastaría esta orden para evitar todo lo demás, puesto que habíamos convenido en que nada se haría en el resto de París hasta haber muerto el Almirante. Pero bien pronto volvió el gentil-hombre diciéndonos que la orden llegaba tarde, porque ya estaba muerto el Almirante y comenzada la matanza en todos los otros barrios».

El Duque de Guisa había en efecto adelantado por su propia iniciativa la hora de atacar

la casa de Coligny, y he aquí cómo describe el Duque de Alba aquella horrorosa escena: «El 24 de Agosto, día de San Bartolomé, entraron á la una de la noche en casa del Almirante los Duques de Guisa y de Aumale y el caballero de Angulema. Subieron á la cámara del Almirante algunos de su séquito y encontraron allí á las gentes de éste espada en mano para defenderle. Pronto, sin embargo, fueron todos desarmados ó muertos, y viendo esto el Almirante, tendióse otra vez en su lecho fingiéndose cadáver; mas tiraron de él por el brazo herido y le sacaron fuera. Y como el señor de Cousin le creyese muerto verdaderamente y quisiera tirarle por la ventana abajo, apoyó el Almirante el pie en la pared para impedirlo, por lo cual le dijo Cousin:

»—¡Ah, viejo raposo!... ¿Así te finges el muerto?...

»Y al decir esto, tiróle por la ventana al patio de la casa, gritando al Duque de Guisa que allí aguardaba:

»—¡Ahí va, Monseñor, el traidor que asesinó á vuestro padre!...

»Acercóse Guisa al Almirante, oyendo esto, y le dijo estas palabras:

»—¡Ya estás aquí, malvado!... ¡No permita Dios que manche yo mis manos con tu sangre!

»Y dándole un puntapié, apartóse algunos pasos. Llegóse entonces otro y dióle un pistoletazo en la cabeza, y ya muerto comenzaron á arrastrarle por la ciudad en un cesto. Cortóle al cabo la cabeza un caballero con un cuchillo, y poniéndola en la punta de su espada, la llevaba por las calles gritando:

»—¡Esta es la cabeza del malvado que tanto daño ha hecho al reino de Francia!

»Quisieron los del Parlamento recoger el cuerpo del Almirante para ejecutar la sentencia de colgarlo, dada contra él cuando su rebelión primera; mas de tal manera le habían destrozado, que les fué imposible encontrar los pedazos. Si los Guisa hubieran detenido cuatro horas todo esto, el Almirante hubiese hecho con ellos lo que ellos hicieron con él, y hubieran matado además al Rey y á sus hermanos. Después de esta primera jornada fuéronse á casa de la Rochefoucault y le mataron también, lo mismo que á cuantos hubieron á la mano, entre ellos Bricquemault, el Marqués de Retz, Lespondilles, Telligny y hasta sesenta y dos caballeros de mucha cuenta, que quedaron muertos por las calles. Al mismo tiempo asesinaban los católicos y los guardias del Rey á los hugonotes por todo el resto de París y los despeñaban en el río; y tal prisa se dieron, que en

muy poco tiempo mataron más de 3.000. Á los caballeros principales arrojábanles en los pozos y en los muladares donde se tiran los animales muertos. En Rouen han matado 10 ó 12.000 hugonotes y en Meaux y Orleans han despachado á todos.

»El señor de Comicourt estuvo después de todo esto á despedirse de la Reina madre, y le pidió la respuesta á la comisión que llevaba; á lo cual contestó ella, que no podía responder nada más oportuno que lo que dijo Jesucristo á los discípulos de San Juan, y le añadió en latín: *Ite, et nuntiate quae vidistis et audivistis: caeci vident, claudi ambulant, leprosi mundantur*, etc. Dijole también que no se olvidara de decir al Duque de Alba: *Beatus qui non fuerit in me scandalizatus*, y que siempre existiría mutua y buena correspondencia entre ella y el Rey católico».

Llegaron todas estas nuevas á la corte de Inglaterra, no como las referimos nosotros en su versión más benigna, que ya era bastante, sino aumentadas y ponderadas por la rabia y el terror de los herejes. Acogiólas Isabel con la misma rabia y el terror mismo, y encontró en ellas la ocasión de llevar á cabo su idea fija, entregando á María Estuardo al furor de los herejes, como víctima católica en que podían saciar las más crueles represalias.

Fiel siempre á su cautelosa hipocresía, tan sólo comunicó su proyecto, muy en secreto, al vil Leicester, su favorito entonces, y á Cecil, cuyo odio á María, si no superaba al de Isabel, le corría parejas. Parecíales á todos harto temerario dar muerte á María en Inglaterra, y querían más bien hacerla perecer en Escocia á manos de sus súbditos, y tratándolo antes con el Regente, como en tiempos de Murray ya se había intentado. Á la muerte de éste habíale sucedido en la regencia, por intrigas de Isabel, el Conde de Lennox, asesinado también antes de los dos años, el 4 de Setiembre de 1571. Nombraron luego al anciano Conde de Mar, influido y dirigido por Morton, y con estos dos personajes resolvió Isabel negociar su proyecto.

Envió, pues, á este propósito á Escocia á Sir Enrique Killebrew, cuñado de Cecil, con dos misiones, una pública y otra secreta. Consistía la primera en reconciliar con el Regente y con Morton, en interés del protestantismo, al Laird de Grange y á Lithington, que se les habían separado, haciéndose fuertes en el castillo de Edimburgo; y reducíase la segunda á concertar con el Regente Mar y con el Conde de Morton la muerte de María Estuardo.

Dióle esta última misión la misma Reina Isabel delante de Leicester y de Cecil, y en las

instrucciones, escritas todas de mano de éste, encargábasele hacer comprender á los dos Condes de Mar y de Morton, que la vida de María era incompatible con la seguridad común de ambos reinos, y que no convenía deshacerse de ella en Inglaterra, sino hacerla perecer en Escocia, entregándola á sus súbditos rebeldes. Ordenábasele también emplear toda su astucia y toda su destreza en obtener del Regente y de Morton que reclamasen ellos la víctima sin parecer provocados por Isabel, á fin de que recogiese ésta los sanguinarios provechos de la trama sin incurrir en el odio y la vergüenza.

Salió Killebrew de Londres el 1.º de Setiembre, y encontró la Escocia tan conmovida y revuelta con la matanza de San Bartolomé, como lo estaba la misma Inglaterra. Púsose de acuerdo con el viejo Knox, que había llegado á Edimburgo, paralítico de medio cuerpo por una apoplejía, pero en estado aún de tronar desde el púlpito con su furiosa elocuencia contra los católicos y de concitar las iras y los odios de los herejes contra María Estuardo. Con esta poderosa ayuda, no costó mucho trabajo á Killebrew decidir á Morton al crimen proyectado; pero el Regente Mar, más astuto ó menos perverso, resistióse á ellos con pretextos varios; y como se impacientase Isabel con tales demoras,

escribieron á Killebrew sus dos cómplices Leicester y Cecil el 29 de Setiembre en estos términos encubiertos:

«Ocupaos con el mayor secreto y urgencia del *negocio* que tenéis entre manos. Cada día y cada hora que pasa nos hace ver más clara la necesidad de llevarlo á efecto, y mayor todavía debe ser el interés que ahí tengan, si consideran su seguridad particular, el estado de su país y el interés de la religión; todo lo cual peligrará más para ellos que para nosotros... Exageradles todos estos peligros, si ellos no los ven bastante, y creed que no podéis hacer cosa mejor que daros prisa».

Dióselo Killebrew en efecto, y después de varias conferencias con el Regente y con Morton sobre el *gran negocio* (*the great matter*), como le llamaban ellos, convinieron éstos en desembarazar á Isabel de su rival María Estuardo, *dándola muerte á las cuatro horas de haberles sido ésta entregada*. Tales condiciones de dinero y responsabilidades pusieron sin embargo los dos Condes escoceses, que ni la avaricia ni la hipocresía de Isabel pudieron admitirlas; y cuando de nuevo comenzaba á entablar repugnantes transacciones y mezquinos regateos para llegar á un acomodamiento, vino Dios á quitarle otra vez la presa de las manos con la muerte

repentina y con sospecha de envenenamiento del Regente Mar, que pagó al cabo sus maldades el 28 de Octubre de aquel mismo año.

Con lo cual, de los cuatro Regentes que usurparon la soberanía de María Estuardo y sus derechos de Madre, dos, Murray y Lennox, murieron asesinados; Mar pereció de muerte repentina y sospechosa, y Morton, que sucedió á éste, había de morir más tarde, violentamente también, en lo alto de un patíbulo.



VI



MIENTRAS tanto, languidecía la Reina de Escocia en su cautiverio, traída y llevada de castillo en castillo, por cualquier capricho ó suspicacia de Isabel. Cada día que pasaba matábale una esperanza, y así vió transcurrir diez años de su vida, desde el 72 al 82, lentos en su amargura y horribles en su monótono padecer. Las humedades de Sheffield habíanle producido un reuma en el brazo, y su antigua enfermedad del hígado, exacerbada por las penas, angustias y sobresaltos, causábale á veces crueles torturas. La tribulación era, sin embargo, para el alma de María lo que la impetuosa corriente de un río para las piedrecillas que lleva en su seno; que las labra y suaviza y abrillanta, y convierte en superficie tersa y pulida lo que era antes aspereza y tosquedad. De este modo aquel rudo y continuo batir de la